

LA IDENTIDAD COLECTIVA Y LOS MOVIMIENTOS SOCIALES: UNA REFLEXIÓN DESDE EL ÁMBITO LOCAL

Leonardo Díaz Abraham

Resumen

La reedificación institucional del Estado a partir del ámbito local puede promover la formación de una cultura política más participativa en Latinoamérica. La supuesta democratización y descentralización de las funciones del Estado ha generado la posibilidad de integrar fórmulas innovadoras de asociación para la interacción de los agentes locales, especialmente movimientos sociales, grupos de presión e instituciones del Estado, en la gestión del territorio y su desarrollo. También hay que valorar factores externos al colectivo, fuera del entorno nacional, que intervienen en los procesos de desarrollo, como es la cooperación al desarrollo entre autoridades de ciudades y las redes de organizaciones no gubernamentales (ONG).

Abstract

The State's institutional rebuild from the local level may further to a more participative political culture in Latin America. The supposed democratization and the National State's decentralisation have encourage innovatives ways of association, specially social movements, pressure groups and governmental institutions, for the territorial management. Also, there are some agents, external to the national ambit, that take part in the development process, such like the cooperation in between cities and the NGO's networks.

Descriptores: *Identidad colectiva, Cooperación al desarrollo, Desarrollo institucional, Ámbito local, Fórmulas de asociación, Actores sociales.*

Introducción

Partiendo de la idea que la organización de la sociedad está inscrita dentro de un proceso dinámico en el cual las distintas fuerzas sociales interactúan en conflicto, generando formas normativas concretas que determinan la relación del conjunto social con su propio medio y el exterior, podemos pensar que la institucionalización de estas formas determina en gran parte el contenido y los sentidos de las versiones públicas de la identidad colectiva, y el contexto histórico donde se generan. En general, parece importante reedificar institucionalmente el Estado a partir del ámbito local, ya que con instituciones locales fuertes es más probable la construcción de versiones públicas identitarias, sólidas y sobre todo democráticas. Por otra parte, no hay que olvidar que los movimientos sociales –aún los llamados *nuevos*– juegan un papel preponderante en la construcción y articulación de la identidad colectiva de cara al Estado y sus instituciones.

Bajo esta lógica, considero que la vertebración institucional del Estado desde lo local permite la formación de una cultura política más participativa en Latinoamérica. Me parece que la democratización desde la base, necesariamente acompañada de nuevas atribuciones recaudatorias en favor de los municipios, favorece la construcción de un marco normativo y de acción con mayores facultades para la autodeterminación en los procesos de desarrollo. A partir de este potencial delimitado territorialmente de forma clara, encontramos la posibilidad de integrar nuevas fórmulas para la interacción de agentes locales –movimientos sociales, grupos de presión e instituciones del Estado– con factores externos al colectivo como es el caso de la cooperación al desarrollo entre autoridades de ciudades, comités de base y organizaciones no gubernamentales (ONG).

El papel de las versiones públicas en la construcción de la identidad

El discurso de la identidad se construye desde el interior de un determinado colectivo y hay que entenderlo como un producto social con “localizaciones históricas e institucionales, dentro de formaciones y

prácticas discursivas específicas [acompañadas] por estrategias enunciativas precisas".¹ Así como es verdad que la identidad colectiva es producto de una interiorización de grupo o clase social, la construcción de ésta depende de factores externos que le dan forma y la delimitan. Esto es, la construcción identitaria a través de la diferencia, a partir de la relación con "lo otro", con "lo exterior constructivo".²

Este punto nos remite al ámbito cotidiano donde se construyen las identidades: el espacio local. La interacción social como punto de encuentro en las prácticas y en los discursos que dan forma a los contenidos de acción política, la construcción de la identidad social como un acto de poder.³ Para delimitar el ámbito local, parece conveniente establecer a la nación como referente, a veces antípoda de lo local, otras complementaria dentro de un mismo sistema de emisión/recepción de valores culturales identitarios, naturalmente bajo la lógica centro-periferia. Los procesos de consolidación de la identidad nacional transitan por dos polos distintos de la realidad sociocultural. Por una parte, la esfera pública de la identidad nacional, donde una articulación de valores lógicamente bien estructurados pretende establecer generalidades, de forma selectiva y excluyente; la otra dimensión es la esfera privada.⁴

La dimensión pública de la identidad nacional es afectada por distintos procesos que poco tienen de natural, pues normalmente son construcciones arbitrarias que se edifican sobre intereses y visiones del mundo de algunas clases o grupos dominantes de la sociedad.⁵ En tales construcciones, se debe considerar que la naturaleza inestable de la identidad en el mundo actual, siempre tiende a modificarse como la ambigüedad misma del sistema donde la identidad ha sido construida.⁶

Para la reproducción de este bagaje de identidad social recreada continuamente, el Estado nacional se vale de los medios de comunicación,

¹ Hall, S., "Who needs identity?" en S. Hall y P. Du Gay (eds.), *Questions of cultural identity*, SAGE, Londres, 1996, p.4.

² *Ibidem*.

³ Se puede encontrar una reflexión en torno a este tema en Laclau, E., *New Reflections on the Revolution of Our Time*, London: Verso, 1990.

⁴ Larrain, J., *Modernidad, razón e identidad en América Latina*, edit. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1996, p.208.

⁵ *Ibid.*, p.209.

⁶ Preston, P.W., "Received notions of identity", en *Political/cultural identity: citizens and nations in a global era*, SAGE, Londres, 1997, p.31.

las instituciones educativas y religiosas, la red institucional del cuerpo burocrático y su influencia en el espacio administrativo local. Con estos mecanismos se logra potenciar elementos de identidad social nacional y se consolida la unificación de las costumbres y de las creencias.⁷ Esto, a fin de alcanzar determinadas cuotas de legitimidad y, subsecuentemente, gobernabilidad dentro del espacio de acción política y social, y de los mecanismos de representación popular en el caso de las democracias representativas.

Por otra parte, la versión privada de identidad “se desarrolla en espacios más restringidos y locales, en las múltiples conversaciones e intercambios de la vida diaria (...) tienen, por eso, un carácter más concreto, contradictorio implícito y de sentido común”.⁸ En otras palabras, las versiones privadas son acuñadas de forma espontánea, modificadas e influidas por el alcance de las versiones públicas de la identidad colectiva nacional.

Es importante resaltar que la divulgación de las versiones públicas y privadas de la identidad es un sistema articulado, interdependiente, donde “la cultura local y cotidiana constituyen tanto el comienzo como el fin del circuito” de alimentación de la identidad nacional; es decir, donde lo local se percibe como el origen y destino de las versiones.⁹ Esto es, las identidades colectivas son construcciones sociales que contienen como fundamento versiones públicas y privadas que construyen y reconstruyen recíproca y continuamente sus contenidos y sentidos.¹⁰

Las identidades se pueden originar tanto en las instituciones dominantes, como en el aparato de gobierno y los partidos políticos, pero “sólo se convierten en tales si los actores sociales las interiorizan y construyen su sentido en torno a esta interiorización”.¹¹ Este es un perfil que aunque colinda con el proceso de construcción de la identidad individual, lo mantendré en el terreno de la identidad colectiva. Así, vale reconocer que no se trata de oponer una identidad colectiva a identidades

⁷ Balibar, E., “La forma de la nación: historia e ideología” en Balibar, E. y Wallerstein, I., *Raza, nación y clase*, IEPALA, Madrid, 1991, p.143.

⁸ Larrain, J., *op.cit.*, p.208.

⁹ *Ibid.*, p.212.

¹⁰ *Ibid.*, p.208.

¹¹ Castells, M., “Paraisos comunales: identidad y sentido en la sociedad red” en *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, vol. II, edit. Alianza, Madrid, 1998, p. 29.

individuales. Toda identidad es individual, pero la única identidad individual es la histórica, es decir, la que se construye dentro de un campo de valores sociales, de normas de comportamiento y de símbolos colectivos.¹²

Finalmente, los movimientos sociales juegan un papel relevante en la construcción de los valores democráticos reconocidos de forma casi universal. Por ello, la democratización del ámbito político local depende en gran medida de la capacidad para establecer una interlocución entre gobierno local y actores sociales, aglutinados en grupos de presión o movimientos sociales.

Los movimientos sociales y la identidad

Entre otros, Alain Touraine considera a la identidad colectiva como uno de los principios de existencia de los movimientos sociales. Los otros elementos son la oposición y la totalidad. Así, la autodefinition de los movimientos sociales parte de las respuestas a: "quién representan" (principio de identidad), "contra quién luchan" (principio de oposición) y "en nombre de qué valores generales actúan" (principio de totalidad).¹³ Se debe reconocer la imbricación de estos tres principios que, de alguna manera, se sustentan entre sí.

Como se ha visto, para la identidad la cuestión de la oposición es un elemento esencial; lo que podríamos llamar "identificación/construcción de *el Otro*".¹⁴ Pero debe entenderse que *el Otro* no es una construcción teórica sino un actor social dinámico que interactúa en el escenario político, generando sus propios sentidos y contenidos a través del discurso, como factor comunicativo horizontal. La identificación de *el Otro* conlleva la selección de terrenos, contextos y niveles en los que deberá enfrentarse el movimiento social. Esta selección "no se hace

¹² Balibar, E., *op.cit.*, p.147.

¹³ Touraine, A., *The Voice and the Eye*, Cambridge University Press, Cambridge, 1977, p.81.

¹⁴ Riechmann, J., "Una nueva radicalidad emancipatoria: las luchas por la supervivencia y la emancipación en el ciclo de protesta 'post-68'" en *Redes que dan Libertad* (en coautoría con Fernández Buey, F.), edit. Paidós, Barcelona, 1994, p.49.

libremente sino que está tan influida por la oposición y sus propias opciones así como por los intelectuales de los movimientos".¹⁵

La continuidad, la integración simbólica de los miembros (el "sentimiento de nosotros"), la especificidad en los roles al interior de la organización y sus formas de acción no convencionales, son algunos factores estructurales que establecen la diferencia entre los movimientos sociales y las manifestaciones espontáneas de descontento social o de un grupo de presión. Los valores que orientan la acción de los movimientos sociales se crean, actualizan y reelaboran por medio de la práctica social y la experiencia: "más que explicar la acción, son ellos los que tienen que ser explicados por la acción".¹⁶ Así, los movimientos sociales no discurren necesariamente por canales tradicionales de participación y de formulación de demandas sociales como son los partidos políticos u otras organizaciones corporativas del Estado. Aunque es verdad que no sólo suelen actuar de forma diferente, sino que establecen su "lógica de operación" y estrategia a partir de una combinación de formas usuales y no usuales de presión política.

En efecto, bajo la premisa de que la incapacidad del sistema institucional para dar respuesta a sus demandas es un factor que frecuentemente da forma y contenido a los movimientos sociales, también parece evidente que las vías de "acción directa" del colectivo se alternan con las formas y canales institucionales de resolución. Esto es, la acción política de los movimientos sociales transita de forma paralela, tanto por conductos institucionales como no institucionales. Dentro de este complejo entramado de relaciones institucionales y ciudadanas, en el caso de América Latina al menos, resulta evidente el potencial de violencia que existe en cada construcción de identidad colectiva que crea las condiciones para un auténtico "pluralismo agonístico"; esto es, una condición ganada mediante la lucha y el conflicto. Los estados de América Latina que ejercen la violencia de la exclusión y la "Otridad" son precisamente el terreno donde puede tener lugar esta forma del pluralismo.¹⁷

¹⁵ Eyerman, R. y Jamison, A., *Social Movements: A Cognitive Approach*, Polity Press, 1991 p.119.

¹⁶ Rüdiger, W./Lowe, P., "Review Article: Political Ecology and the social Sciences, State of the Art", *British Journal of Political Science*, Cambridge, vol. 16, núm. 4, p.538.

¹⁷ Radcliffe, S. y Westwood, S., " 'Race', State and Nation" en *Remaking the nation: Place, Identity and Politics in Latin America*, Routledge, Londres, 1996, p.50.

El territorio

Desde otra perspectiva, el espacio *en sí mismo* interviene en las relaciones de poder de cualquier formación social.¹⁸ En este sentido, parece conveniente señalar al menos tres dimensiones del espacio esenciales para las ciencias sociales:

- El espacio como extensión en un sentido dirigido a la producción y la propiedad.
- Como distancia que se traduce en obstáculo para el tránsito de bienes y personas. En este punto, hay que reconocer que la información y parte del sector servicios han acortado la relación espacio-tiempo, a partir de la sofisticación del medio técnico-científico, entendido éste como “el momento histórico en el cual la construcción o reconstrucción del espacio se da con un contenido de ciencia y técnica”.¹⁹
- El espacio considerado como “base para la actividad simbólica”,²⁰ esto es como representación de la configuración de grupos y fuerzas que los afectan y las cualidades reales del territorio donde tienen lugar dichas manifestaciones. En esta arena encontramos el terreno de acción de los movimientos sociales y de la cooperación al desarrollo.

Bajo este panorama, se puede decir que la concepción del espacio mediatizada por las relaciones de poder, da lugar a otro término: territorio. La interrelación espacio-vida social deriva en el establecimiento de relaciones de poder, que a su vez y por definición generan un efecto de disimetría social. La institucionalización del conflicto sobreviene con la integración del Estado bajo la premisa de control o regulación del territorio.

Por su parte, el territorio se articula en función del ciclo de acumulación del excedente que determinado colectivo pueda generar para la reproducción de su propia economía de base. Sin embargo, se debe considerar que existen factores externos a los colectivos, especialmente ilustrativo en el caso de los países en vías de desarrollo

¹⁸ Claval, P., *Espacio y Poder*, FCE, México, 1982, p.19.

¹⁹ Santos, M., *op.cit.*, p.106.

²⁰ Claval P., *op.cit.*, p.25.

que son “el resultado de la acción de factores extrínsecos a las colectividades”.²¹ Estos factores externos pueden alterar la inercia del ciclo productivo, de acumulación y de generación de condiciones para la inversión (generación de infraestructura y comunicaciones, por ejemplo) o para la comercialización de bienes y servicios, pues “en las actuales condiciones del mundo las necesidades se satisfacen con o sin la existencia de excedente”.²² Tales elementos son capaces de afectar la dinámica propia del proceso de desarrollo de la comunidad en cuestión. Podemos pensar por ejemplo en el narcotráfico (que genera redes de asociación delictiva con una muy elevada retribución); o por el otro lado, en recursos y programas de los gobiernos federales o centrales, o también, en la cooperación al desarrollo.

En lo que respecta a la cooperación al desarrollo entre ciudades, solamente señalaré que este sistema de relaciones entre entes locales ha mostrado cierta capacidad para actuar como factor externo en cuanto al territorio y la relación entre los ciudadanos y el poder público institucionalizado del ámbito local. Así, en las acciones de cooperación al desarrollo se puede incidir en la construcción de las identidades colectivas, al suponerse un mejoramiento de la calidad de vida y por tanto el fortalecimiento de la gestión pública y la participación social en el ámbito local.

Diversos métodos e instrumentos de la cooperación entre entes locales están orientados al fortalecimiento de los agentes vinculados al proceso de desarrollo local y facilitar el ejercicio de sus competencias, pues se debe partir del postulado que la democratización y la descentralización del poder político y económico ha de traducirse en una mejoría en la calidad de los servicios públicos que recibe la población.

En la cooperación entre ciudades se ha mantenido como eje de actuación, la colaboración para la dotación de servicios urbanos en materia de salud, educación, agua y en la capacitación técnica o del servicio público local. Otro aspecto que se ha privilegiado en la acción de cooperación entre ciudades, es la promoción de mecanismos amplios de concertación social, planificación entre las autoridades locales y agentes de desarrollo económico y social bajo el contexto territorial de lo local.

²¹ Santos, M., *op.cit.*, p. 76.

²² *Ibidem.*

Sin embargo, hay que reconocer que la descentralización –si no es acompañada de una política de desconcentración fiscal efectiva que reconozca capacidad recaudatoria a los entes públicos locales– puede significar la descapitalización y el consiguiente colapso de las finanzas del ayuntamiento en el ejercicio de sus nuevas funciones.

Los movimientos sociales y la identidad en el marco de las instituciones públicas locales

Si partimos de que los movimientos sociales surgen frecuentemente de la incapacidad de respuesta o un no-consentimiento de valores o acciones por parte de otro grupo, sector o ente social, parece importante reflexionar en torno a la importancia de reforzar la capacidad del entramado institucional del Estado –en lo local, a la luz de la lógica recurrente de la descentralización administrativa– para afrontar las demandas de grupos de presión o movimientos sociales con determinada capacidad de respuesta técnico-administrativa y de gestión de recursos. Tener formas de respuesta social *in situ* permite evidentemente abrir vías institucionales para el procesamiento de los conflictos, manteniendo un grado importante de participación social, que se traspa en altas cuotas de legitimidad y gobernabilidad.

El desarrollo local impulsado por las demandas de los movimientos sociales y potenciado por instituciones públicas locales fuertes, tiende a generar canales amplios de participación ciudadana y con ello contribuye a la democratización de las bases de participación social en los proyectos y programas de desarrollo.

Este entramado de manifestación-negociación-solución del “conflicto” en el plano local favorece la posibilidad de relegitimar al Estado desde la base, ofreciendo una configuración más apropiada para la identidad nacional, tejida desde abajo y “descargando” en las entidades de gobierno locales –a la par de las funciones administrativas, de gobierno y las atribuciones fiscales– la posibilidad de generar sentidos de colectividad más fuertes, una identidad con mayor énfasis en el contexto municipal y regional.

Por su parte, los movimientos sociales también llamados “nuevos” como el etnicismo, el ecologismo, el pacifismo o el feminismo participan de la construcción de la identidad y en virtud de su propia fuerza, arraigo social y legitimidad son formadores y receptores de contenidos, y

sentidos políticos y culturales. De este modo, pueden venir a reforzar el sentido de identidad como colectivo. Un ejemplo claro en América Latina, es el etnicismo –defensa de los pueblos indígenas– se ha organizado potentemente por medio de articulaciones horizontales (ONG locales e internacionales, comités de base, etcétera) con un importante poder de convocatoria y con una causa legitimada por la propia acción. Esta vertiente de pensamiento y acción social ha encontrado gran “sintonía” con algunos nuevos movimientos sociales europeos y norteamericanos. En ocasiones, los movimientos de reivindicación indígena suelen tener agregado a su estructura un importante número de mujeres y la participación de éstas en el proceso de toma de decisiones suele ser equitativo. Además, dentro de otros movimientos como el ecologismo existen algunas corrientes que mantienen una postura ideológica que coincide con frecuencia con las reivindicaciones relativas a la autonomía y el desarrollo autogestionado propuestos por los colectivos indígenas. Ahora bien, esto no significa que representen una alternativa completamente nueva, pues los nuevos movimientos sociales pueden verse como sujetos sociales tradicionales en situaciones nuevas, con formas de articularse a sí mismos y a su discurso de manera distinta. De hecho algunos de estos movimientos – el feminista y el etnicismo como los más representativos– son una manifestación contemporánea de viejíssimas aspiraciones de emancipación.²³

Para observar el papel de los movimientos sociales en la construcción de las identidades colectivas en un contexto histórico preciso, resulta muy útil el enfoque de la sociología del conflicto de Touraine. Según esta perspectiva, los hombres “construyen su propia historia: la vida social es producto del avance cultural y de los conflictos sociales y en el corazón de la sociedad arde el fuego de los movimientos sociales”.²⁴ En consecuencia, la historicidad es un elemento fundamental para entender el proceso del desarrollo social a la luz de la denominada sociología de la acción. La historicidad se debe entender como “el conjunto de los

²³ Para una aproximación más clara en este sentido, véase el capítulo 3 de Rodríguez Palop, M.E., *La nueva generación de Derechos Humanos. Origen y justificación*, Dykinson/Universidad Carlos III de Madrid, Madrid, 2002.

²⁴ Touraine, A., *op.cit.* p.1.

modelos culturales por los que una sociedad produce sus normas en los dominios del conocimiento, de la producción y de la moral".²⁵

Los modelos culturales constituyen la lucha entre los movimientos sociales y el poder institucionalizado que mediante el conflicto tratan de ofrecer una forma social que corresponda a los intereses de diversas categorías sociales. En este contexto, se puede decir que la novedad de la participación social por canales alternativos a los ofrecidos por el Estado –sin excluir en ningún caso a los partidos políticos– es la forma que adoptan los movimientos sociales para constituirse y articular su acción y discurso. Esto es así, aún cuando los llamados nuevos movimientos sociales pueden ser protagonizados por sujetos sociales que, como el caso de grupos indígenas, organizaciones de barrios o consumidores, han constituido tradicionalmente grupos de presión social. La diferencia radica en las formas de expresión autónoma de sus demandas y expectativas dentro del terreno político²⁶ y la participación activa en la construcción y reconstrucción de la identidad colectiva.

Desde esta perspectiva, dado que existen formas de expresión social de gran importancia que se dan al margen de los canales formales de participación, se puede pensar en una "informalización" de las relaciones de poder que exige la ampliación de la agenda de la democratización para incluir nuevas dimensiones y enfoques, como género, medio ambiente, pertenencia étnica, y ciertos sentidos de identidad colectiva, buscando ampliar la participación popular y reforzar la conciencia individual y colectiva en torno a estos temas.

Debemos reconocer que muchos de los sentidos y contenidos culturales de importancia no prosperan bajo el entramado institucional partidista, por lo que resulta indispensable el incremento de la responsabilidad social y pública en la potenciación de la eficacia de captación de demandas, preferentemente a través del contacto entre los gobiernos locales y los movimientos sociales. Evidentemente, también resulta favorable ampliar la base de participación social y mejorar los

²⁵ Touraine, A., *Critica de la modernidad*, ediciones Temas de Hoy, 2da. edición, Madrid, 1993, p. 467.

²⁶ Vilas, C.M., "La Democratización en los Escenarios Posrevolucionarios de Centroamérica: Antecedentes y Perspectivas", en *América Central, las Democracias Inciertas*, Cardenal, A.S. y Martí i Puig, S. (compiladores), edit. Tecnos-Universitat Autònoma de Barcelona, Servei de Publicacions, 1998, p.304.

canales locales de contacto institucional bajo el supuesto de gobernantes electos democráticamente y una sociedad civil organizada.

Desde mi punto de vista, en caso de contar los gobiernos locales con fondos y medios técnicos para establecer una plataforma de negociación conveniente para la atención de las demandas de los sujetos sociales emergentes, se podría generar una aproximación de los ciudadanos y los movimientos sociales a los gobiernos locales, trasladando una carga importante de la construcción de las versiones públicas de la identidad colectiva del espacio nacional al local. Esto es, las versiones públicas y privadas de la identidad se intensifican y decantan en lo local bajo la lógica de la legitimidad política manifiesta en las contiendas electorales y en la gobernabilidad que deriva de esta condición. Así, siguiendo esta idea se pueden plantear varios retos para las ciudades y municipios latinoamericanos; por ejemplo, la seguridad pública, lo local como nueva base económica para el mercado global, la disposición de recursos para la dotación y modernización de la infraestructura urbana, el mantenimiento de la gobernabilidad y la generación de condiciones medioambientales y sociales favorables para el desarrollo humano.²⁷

Conclusiones

El proceso de redimensión y rearticulación de los Estados latinoamericanos ha dado claras muestras de la tendencia, aún sea modesta, hacia la transferencia de recursos, tareas y poderes a entidades locales. En tal caso, la transformación de la estructura y sustancia del poder del Estado seguramente conllevará la reorientación de los valores, sentidos y contenidos de la identidad colectiva y la manera de organizarse socialmente. Desde esta óptica, en caso de contarse con medios presupuestarios programables y un marco jurídico *ad hoc*, los gobiernos locales estarían en posibilidad de mantener una plataforma de negociación más abierta para la atención de las demandas de los sujetos sociales emergentes. Por otra parte, mediante la agrupación de las demandas en los idearios de los movimientos sociales o grupos de presión es posible establecer una proximidad entre la sociedad civil

²⁷ Santos, M., *De la totalidad al lugar*, Edit. Oikos-tau, Barcelona, 1996, p.75.

organizada y los gobiernos locales en términos de negociación política. Bajo esta perspectiva, parece evidente la importancia de edificar institucionalmente al Estado desde lo local, pues con instituciones locales fuertes parece posible construir versiones públicas de la identidad colectiva, más sólidas y sobre todo más democráticas.

Finalmente, considero que los movimientos sociales juegan un papel relevante en la construcción de los valores democráticos reconocidos de forma casi universal. Por ello, la democratización del ámbito político local depende en gran medida de la capacidad para establecer una interlocución entre gobierno local y actores sociales, aglutinados en grupos de presión o movimientos sociales. El desarrollo local impulsado por movimientos sociales y potenciado por instituciones públicas locales fuertes tiende a generar canales amplios de participación ciudadana y con ello, se contribuye en la democratización de las bases de participación social en los procesos de desarrollo. En tal caso, se transferiría una "carga" importante de la construcción de las versiones públicas de la identidad colectiva, del espacio nacional al espacio local. Es decir, las versiones públicas y privadas de la identidad colectiva se intensificarían y decantarían en lo local bajo la lógica de la legitimidad política y la gobernabilidad.

Bibliografía

- Balibar, E. y Wallerstein, I., *Raza, nación y clase*, IEPALA, Madrid, 1991.
- Borja, J. y Castells, M., *Local y Global: La gestión de las ciudades en la era de la información*, Taurus-Centro de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos (Habitat), 6ª ed., Madrid, 2001.
- Cardenal, A.S. y Martí i Puig, S. (compiladores), *América Central, las Democracias Inciertas*, Tecnos-Universidad Autónoma de Barcelona, Servei de Publicacions, Barcelona, 1998.
- Castells, M., *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, vol. II, edit. Alianza, Madrid, 1998.
- Claval, P., *Espacio y Poder*, FCE, México, 1982.
- DEMUCA-AECI, *Los municipios y la descentralización en Centroamérica y República Dominicana*, San José, 1999.

- Hall, S. y Du Gay P. (eds.), *Questions of cultural identity*, SAGE, Londres, 1996.
- Larraín, J., *Modernidad, razón e identidad en América Latina*, edit. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1996.
- Moreno Jiménez A., *Los servicios y el territorio*, edit. Síntesis, Madrid, 1992.
- Preston, P.W., *Political/cultural identity: citizens and nations in a global era*, SAGE, Londres, 1997.
- Radcliffe, S. y Westwood, S., *Remaking the nation: Place, Identity and Politics in Latin America*, Routledge, Londres, 1996.
- Riechmann, J. y Fernández Buey, F., *Redes que dan Libertad*, edit. Paidós, Barcelona, 1994.
- Rodríguez Palop, M.E., *La nueva generación de Derechos Humanos. Origen y justificación*, Dykinson/Universidad Carlos III de Madrid, Madrid, 2002.
- Rüdiger, W., Lowe, P., “Review Article: Political Ecology and the social Sciences, The State of the Art”, *British Journal of Political Science*, vol. 16, núm. 4, 1986,
- Sack, R.D., *Human territoriality: Its theory and history*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986.
- Santos, M., *De la totalidad al lugar*, edit. Oikos-tau, Barcelona, 1996.
- Touraine, A., *Crítica de la modernidad*, ediciones Temas de Hoy, 2da. edición, Madrid, 1993.